

Even-Zohar, Itamar 1994. "La Función de la literatura en la creación de las naciones de Europa". En *Avances en Teoría de la literatura: Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas*, Ed Dario Villanueva. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 357-377.

LA FUNCIÓN DE LA LITERATURA EN LA CREACIÓN DE LAS NACIONES DE EUROPA*

Itamar Even-Zohar
Universidad de Tel Aviv

"[...] En la primavera de 1971 llegaron [a Islandia procedentes de Dinamarca] los dos primeros y más celebrados manuscritos. Eran el Libro de Platey y el *Codex Regio* de los poemas édicos, que llegaron a Reykjavík en un barco de guerra danés acompañado por una delegación de ministros daneses y miembros del parlamento. En la mañana del 21 de Abril el barco atracó en el puerto de Reykjavík Miles de personas se habían congregado en el muelle, y a lo largo de las carreteras por las que los visitantes iban camino de la ciudad, se aglomeraban niños con banderas danesas e islandesas [...]"

Así es como Jónas Kristjánsson, el director del «Instituto Arnarnagheano» en Reykjavík, describe el triunfo de los islandeses en la guerra de los manuscritos con Dinamarca (1980: 89-90). Añade en otra publicación: "[...] desde entonces han estado llegando ininterrumpidamente más manuscritos, y ahora tenemos en nuestro poder unos novecientos, junto con muchos otros documentos" (1982: 25). La disputa de los manuscritos entre Islandia y Dinamarca estuvo precedida por una guerra de la misma naturaleza entre Dinamarca y Suecia unos trescientos años antes. Competiciones sin escrúpulos para conseguir los manuscritos, e incluso actos tan beligerantes como hundir un barco cargado de ellos, no fueron hechos insólitos en el siglo diecisiete. Sin embargo, en la Islandia del siglo diecisiete, la gente no se preocupaba demasiado por los manuscritos, "cuyas páginas eran recortadas una por una de las vitelas y utilizadas para distintos propósitos" (Kristjánsson, 1982: 24), como por ejemplo decorar ropa.

Es fácil suponer que ni en el siglo diecisiete ni en el siglo veinte las disputas sobre los manuscritos tienen que ver con ellos en cuanto objetos. No era su entidad física lo que en realidad se deseaba. En el siglo diecisiete eran generalmente los con-

* Conferencia pronunciada con ocasión del Encuentro "La Europa de la(s) literatura(s)" celebrado en Santiago de Compostela en mayo de 1993.

tenidos previstos en ellos lo que hacía codiciar su posesión de manera tan especial: cada uno de los reinos escandinavos esperaba encontrar allí una preciosa información que pudiese reforzar sus pretensiones de grandeza y poder. En cuanto al siglo veinte, la reclamación de los manuscritos significó para los islandeses el último estadio en la legitimación y confirmación de su independencia nacional. En ambos casos, las acaloradas disputas afectaban a profundos sentimientos de la propia identidad. Lo que entraba en juego era una "identidad colectiva".

Esta historia, aunque única en sus detalles, no es tan inusual como manifestación de estructuras socio-semióticas. Antes bien, ilustra magníficamente, y así intentaré demostrarlo en mi conferencia de hoy, la función que la literatura ha desempeñado en la constitución de muchas naciones y de grupos culturalmente organizados en Europa. En este sentido, podría tratarse de una historia únicamente europea. Tengo como un privilegio haber sido invitado a hablar en estas celebraciones de Santiago de Compostela, una ciudad de tan fuerte dimensión simbólica. Una perfecta ocasión, creo, para reflexionar, como me sugirió Claudio Guillén, sobre los misteriosos caminos de la literatura en Europa.

¿Es la "literatura" realmente algo propio de Europa? No se trata de una pregunta sencilla. Apenas conocemos ninguna sociedad más o menos organizada que no tenga una especie de "literatura", es decir, una actividad en la que se recitan o se leen textos, pública o individualmente, para o por la gente. Es cierto que algunas sociedades tienen mayor fama que otras de estar más dotadas para la creación e interpretación de textos. Por ejemplo, en el Oriente Medio de la época medieval, se estimaba que los árabes tenían un especial talento para esta ocupación, casi como "por nacimiento"; mientras que en la Europa del Norte, se consideraba a los islandeses nacidos para ser escritores y narradores de historias. Califas y reyes, emperadores y zares, al igual que la "gente corriente", todos ellos sentían la atracción de escuchar la literatura tanto en verso como en prosa. Por otra parte, en países como China, el escribir poemas según modelos preestablecidos constituía uno de los requisitos obligatorios necesarios para un puesto administrativo. Todas ellas ni constituyen en su conjunto una literatura ni tampoco funcionan del modo en que llegaron a hacerlo en la historia de Europa.

Para decirlo brevemente, las actividades literarias como tales acaso no sean específicas de Europa, pero las funciones que dichas actividades desempeñaron en la organización de la vida europea, sí pueden ser en efecto propias y características de ella. Cuando estos fenómenos aparecen en países no europeos durante los siglos diecinueve y veinte, no se trata de hechos que siguen directamente a otros de naturaleza similar previamente existentes en esos países, sino más bien de una nueva actividad, tomada de las culturas europeas.

Ahora bien, es necesario aclarar de qué "Europa" estoy hablando, es decir, cuáles son sus fronteras espaciales y temporales. Sería tentador limitar mi discusión a la Europa del siglo dieciocho en adelante. Este capítulo de la historia europea parece estar notablemente más claro en relación a nuestro asunto. Sin embargo, no elegiré esta vía más sencilla, aunque tendré al final que profundizar un poco en ella; sino empezaré mejor por el principio. Creo que aquí estamos discutiendo un hecho muy importante de la historia mundial, y esta historia pudo haber tomado una dirección muy diferente de la que tuvo.

Sería por supuesto inútil sugerir una respuesta definitiva a la cuestión de si las actividades textuales son o no son universales, en el sentido de que hubiesen aparecido bajo cualquier circunstancia, o de si son la consecuencia de un proceso accidental que tuvo lugar por casualidad durante la constitución de las primeras civilizaciones. En la socio-semiótica moderna, incluyendo las teorías económicas e históricas, uno se inclina hoy en día a abandonar las generalizaciones determinísticas. Sin embargo, una vez que se detecta un fenómeno, analizarlo desde el primer eslabón de una larga cadena de acontecimientos es una práctica ampliamente aceptada. A lo largo de estas líneas la cuestión de si el surgimiento de la "literatura" fue inevitable o tal vez ocurrió por casualidad en los comienzos de una civilización, no va a poder resolverse. Lo que sí puede observarse, sin embargo, es lo que ha ocurrido desde que apareció. Gracias a los avances, desde el siglo pasado, en las investigaciones históricas y arqueológicas podemos ahora reconstruir al menos algunos de los más importantes eslabones y modelos de la historia literaria occidental.

La primera civilización letrada y literaria que conocemos es el conjunto de ciudades-estado sumerias en Mesopotamia. Elementos inventados o introducidos por la civilización sumeria pueden detectarse posteriormente durante milenios en culturas que tal vez la hayan heredado progresivamente, en lo que parece ser un proceso en cadena. La preocupación por los textos, tanto escritos como leídos, ocupó un lugar preeminente en la cultura sumeria. Mientras que las élites tenían el privilegio exclusivo de acceder a ellos directamente en calidad de nuevos productores (es decir, como "escritores") y también de perpetuadores (es decir, "intérpretes"), al menos parte de la población total tuvo contacto con estos textos en diversas ocasiones festivas. Aunque el incremento de múltiples estelas (como el código legal de Hammurabi, o las detalladas descripciones autolaudatorias que de sus hazañas hicieron todos los gobernantes), no pueda servir como una evidencia de la accesibilidad y operatividad de los textos, sí puede al menos atestiguar la intención de esos gobernantes de tener omnipresentes textos sobre ellos.

Más importante es el hecho de que con el establecimiento y la consolidación de la escuela (*é-dubba*) como una institución de poder, la cultura sumeria introdujo

también la institución socio-semiótica del canon. Escuela y canon sirvieron para organizar la vida social, básicamente, mediante la creación de un repertorio de modelos semióticos a través de los cuales "el mundo" se explicaba con un conjunto de narraciones, inter alia, naturalmente, para dar gusto a los grupos dominantes. Estas narraciones resultaron ser muy poderosas a la hora de transmitir sentimientos de solidaridad, de pertenencia, y fundamentalmente de sumisión a leyes y decretos que no podrían ser impuestos sólo con la fuerza física. Así, la cultura sumeria fue la primera sociedad en introducir (a) las actividades textuales como una institución indispensable, y (b) el uso de esa institución con el fin de crear una cohesión socio-cultural.

Para que el término "cohesión socio-cultural" no parezca vago o vacío, permítanme explicar de forma rápida que con él quiero significar un estado en el que existe un sentimiento ampliamente extendido de solidaridad, de sentirse estrechamente unidos, entre un grupo de personas; estado que, por consiguiente, no necesita una conducta impuesta por la simple fuerza física. Me parece que el concepto clave para esta cohesión socio-cultural es el de disponibilidad. La disponibilidad es una disposición mental que empuja a la gente a actuar en un modo que, de otra manera, podría ser contrario a sus "inclinaciones naturales". Por ejemplo, ir a la guerra para ser probablemente asesinado en la lucha contra otros hombres, sería el caso extremo, muchas veces repetido a lo largo de la historia de la humanidad. El crear una extensa red de disponibilidad sobre un buen número de cuestiones es algo que, siendo vital para cualquier sociedad, ésta no puede dar sin embargo por entendido. Así, ningún gobierno puede dar por supuesto que la gente obedecerá "leyes", escritas o no, si no se logra persuadirles para que lo hagan. La obediencia lograda mediante la fuerza física, como la militar y la policial, puede resultar efectiva sólo para un cierto lapso de tiempo, pero tarde o temprano estallará, en parte porque pocas sociedades pueden permitirse mantener un número lo bastante amplio de agentes de la ley.

Mi opinión, por tanto, es que la "literatura" sirvió como factor omnipresente para la cohesión socio-cultural. Esto no significa que haya sido un factor exclusivo o el más importante, pero quizá sí el más duradero, y probablemente el que más a menudo se combinó con otros (por ejemplo, acompañando ciertos rituales o actuaciones físicas, como construir edificios, o interpretar música y danza). Probablemente haya perdurado gracias a su institucionalización y a su llamativa presencia, puesto que la encontramos una y otra vez en todas aquellas culturas que de manera gradual reemplazaron a la sumeria, es decir, la cultura acadia e hitita, así como la egipcia, que por supuesto desarrolló ciertas cosas por su cuenta. El término "acadio" es aquí una abreviación para designar sociedades diferentes que utilizaban variantes diversas de la lengua y la "literatura" acacias: entre ellas, por supuesto, la antigua cultura acadia propiamente dicha, la babilónica y la asiria, pero también las culturas de gran

variedad de estados organizados entre el Eufrates y el Mediterráneo, como Ebla y Mari, Yamhad, Ugarit, Tiro y Canaan. Todas ellas, con la excepción de Tiro y Canaan por su ascendencia fenicia, ni siquiera se liberaron completamente del sistema sumerio-acadio de escritura, aunque lo simplificaron de forma gradual a varios niveles. El eslabón oculto entre estas sociedades y "Europa", que ha permanecido encubierto durante muchos siglos, se va descubriendo cada vez más por el mejor conocimiento que tenemos de esas culturas. El origen fenicio del alfabeto griego, ya revelado por ellos, no se discute. Incluso el propio nombre Europa, que, según la mitología griega tiene que ver con la ciudad de Tiro, puede haber derivado de la palabra hebreo-fenicia "ereb", que significa tanto "oeste" como "atardecer". Por el contrario, es en la institución de la "literatura", con todos sus componentes, donde el eslabón no se puede presentar como indiscutible. No obstante, hoy puede decirse, con las debidas reservas, que parece más plausible, dadas las evidencias reunidas gracias a los descifrados documentos de estas culturas, que la "literatura" realizó su camino desde Mesopotamia, a través de los hititas (y tal vez los luvios) como mediadores, hasta la cultura griega, por lo cual se extendió, en un proceso en cadena, de una sociedad europea a otra a lo largo del tiempo.

No voy a discutir hoy en detalle esta hipótesis, ni voy a profundizar en la literatura de la Corte de un gobernante como Asurbanipal, con su biblioteca de 25000 tabletas de arcilla. Baste mencionarlo para incidir en que las actividades textuales, a cuya totalidad yo llamo "literatura" por conveniencia, persisten a lo largo de la historia de todas las culturas antes mencionadas. Sin embargo hay que formular algunas reservas. A pesar del poder del modelo sumerio-acadio, evidenciado al menos por el éxito de un repetido repertorio de creencias y costumbres, no debemos caer en la trampa del anacronismo. No es fácil calcular más que en términos generales, el nivel de cohesión socio-cultural de estas sociedades, ni la contribución de las actividades textuales a su éxito. Encontramos, además, el testimonio de más de un fracaso. Por ejemplo, el aparentemente rápido final de la cultura asiria puede tal vez atribuirse a un grado de cohesión bastante bajo, lo que de ser así, supondría un fracaso de la cultura textual.

No obstante, incluso cuando su capacidad de crear cohesión haya sido escasa o secundaria, la literatura nunca renunció a su influencia como hecho que significa poder y distinción, y ésta ha sido posiblemente su función primordial como actividad organizada. Los gobernantes, manteniendo el hábito de perpetuar actividades textuales, señalaban su superioridad, distinguiéndose a sí mismos del resto de la sociedad o de otros dirigentes "indignos", por decirlo de algún modo. Tal y como lo expresa Gentili, hablando de Grecia entre el siglo sexto y cuarto antes de Cristo, "[...] atra-

verso l'opera dell'artista, il ricco signore o l'aristocratico della città e soprattutto il tirano miravano a nobilitarsi e a consolidare il proprio potere politico (Gentili, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, 1984: 153). En resumen, poseer una "literatura" era uno de los *indispensabilia* del poder.

¿Qué significa "poseer una literatura" y qué son los *indispensabilia* del poder? Quizá este es el momento de plantear aquí de manera explícita que el concepto de "literatura" que yo utilizo no coincide exactamente con la noción popular de "una colección de textos aceptados, producidos por ciertos individuos y para que los lean otros", más o menos la imagen moderna que tenemos. Por "literatura" entiendo todo un conjunto de actividades, sólo parte de las cuales son los "textos para ser leídos", o "textos para ser escuchados", o incluso "comprendidos". En pocas palabras (para una discusión del concepto más pormenorizado me remito a mi trabajo *Polysystem Studies*, 1990), estas actividades incluyen la producción y el consumo, el mercado y las relaciones de negociación entre normas. Cuando un gobernante mantiene estas actividades, eso supone que tiene que invertir parte de sus recursos en mantener agentes para producir y recitar los textos, a menudo cantados o recitados con acompañamiento musical, y otra parte en acumular y almacenar algunos de estos productos. El emperador asirio Asurbanipal realiza una considerable inversión para copiar el inventario de los textos babilónicos canonizados.¹ Tener "literatos" en la corte era una señal de poder y riqueza (Tadmor, 1986). No es irrelevante el que tales mercancías figuren entre los tributos que deben hacer los pequeños gobernantes a los más poderosos. Por ejemplo, el rey asirio Senaquerib se jacta de los recitadores, hombres y mujeres, que había obligado a pagar a Ezequías, rey de Judá, como parte de un exigente tributo.² Por consiguiente, "poseer una literatura" equivale a "poseer riquezas apropiadas para un poderoso gobernante". Es un importante componente de lo que he denominado "los *indispensabilia* del poder". Hablando en un sentido semio-cultural, "ser" una *person-in-the-culture*, "persona-en-la cultura" diferenciada (Voegelin, 1960), a cualquier nivel, siempre supone poseer y utilizar un repertorio propio de bienes y procedimientos. Por ejemplo, ser "un francés" probablemente conlleva preferir beber vino a agua... Ser un rey, o un gran emperador, desde tiempo inmemorable, implica poseer edificios de cierta magnitud, con esculturas y con pinturas murales o relieves, y mucho más. Si todavía no poseyese estas propiedades, enton-

1. En este proceso los dioses de Babilonia fueron convertidos en sus correspondientes asirios -especialmente en el texto *Enuma Elish*, la Epica de la Creación-, apropiándose por tanto de los textos e interpretándolos como si fuesen asirios antes que babilónicos.

2. Sobre la ideología política en las inscripciones asirias véase Tadmor 1981.

ces tendría que preocuparse de crearlas. También son necesarios otros ingredientes, en realidad demasiados como para describirlos aquí en detalle, entre los cuales es inevitable contar con los servicios de recitadores, "poetas", cantantes y bailarines, o un conjunto de intérpretes que formen "un teatro". El califa andaluz Abderramán III, tuvo ministros que eran capaces de entretenerlo recitando poesía macarrónica (es decir, mezclando la lengua árabe y la románica; Ramón Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, Madrid, 1926, p. 552, n. 2), mientras que Almanzor fue lo bastante afortunado como para que Ibn Darraj al-Quastali le compusiese un poema laudatorio en honor de la toma de Santiago de Compostela en el año 997 (Ibn Darraj al-Qastali, *Diwan*, Mahmud Ali Maki, ed., Damascus: Al-Maktab Al-Islami 1968: 314-320). Harold el Duro (siglo XI) mantuvo casi quinientos poetas, algunos de los cuales le acompañaron como poetas de confianza tanto en muchas tareas cotidianas (Tureville-Petre, 1968) como por supuesto en la guerra. En resumen, es evidente que una "checking list" - "lista predeterminada"- de indispensabilia con más o menos los mismos elementos, se perpetuó a lo largo de la historia de la civilización occidental. La "literatura" figura casi siempre, de una manera o de otra, entre los componentes más destacados de ella.

Mientras que de las antiguas culturas del Fértil Creciente y Egipto sólo tenemos indicios de sobre qué parte de la población las actividades textuales pudieron impartir cohesión socio-cultural, parece que la primera vez en la historia del mundo que presenciamos algunas evidencias claras de esta función es en Grecia. Podemos hablar, naturalmente con las debidas precauciones, de un cambio, o incluso tal vez de una "contribución griega" (lo que, sin embargo, no podría haber surgido sin la invención del alfabeto en Canaan). Sin ahondar aquí en una discusión de las diferencias existentes entre Atenas y otras comunidades griegas, lo que apreciamos al comienzo de la época helenística es el cambio desde un repertorio poseído por los dirigentes y su séquito a otro poseído por "la gente", aunque obviamente, "la gente" supone también una selecta parte de la población total. Las actividades textuales tienen ahora lugar al aire libre y no se limitan a himnos públicos o estelas con inscripciones inaccesibles, sino que cada vez alcanzan una mayor audiencia. Incluso permiten una cierta crítica social y un tratamiento un poco menos reverente de los gobernantes (me estoy refiriendo tanto a las "tragedias" como a las "comedias"). Más aún, las historias de tiempos pasados, que de forma gradual van conformando un canon ampliamente aceptado, se convierten en elementos básicos de la enseñanza y de la propia diferenciación para grupos cada vez más amplios. Me aventuraría a decir que para un miembro de la comunidad griega, y ciertamente para uno de la helenística, existe ya un repertorio cultural bien definido, íntimamente ligado a las actividades textuales, e interiorizado hasta tal punto que constituye parte de la propia imagen del individuo,

y le proporciona un sentimiento de identidad que le distingue del resto del mundo, los *barbaroi*.

Además, a través de estos textos, la *Koiné* griega alcanzó mucho más éxito que ningún lenguaje precedente. (El Imperio asirio, en comparación, fue a su lado casi un fracaso; tras su final apenas nadie continuó allí hablando asirio: la mayor parte de la población ya se había pasado al arameo). Quizá fue en Grecia donde se constituyó un modelo a través del cual, además de transmitir cohesión socio-cultural mediante los textos, un lenguaje de índole literaria consiguió sustituir gradualmente a las variantes locales. Frente a la consideración más extendida, que establece una relación de causalidad desde la 'identidad' "innata", al "lenguaje" y finalmente a los "textos" ("literatura"), el caso griego presenta una trayectoria diferente: desde los textos, a la identidad y el lenguaje.

Quizá debería ser atribuido a Grecia otro cambio crucial, a saber, la clara proliferación de sistemas culturales y "literarios". Mientras que los textos en la cultura sumeria, incluso aquellos recitados en ocasiones públicas, eran compuestos por miembros de una élite, y los textos en Babilonia, Asiria o los reinos hititas y egipcios, los componían los literatos, Grecia nos proporciona culturas textuales tanto de élite como de carácter popular. Es en Grecia donde presenciamos el surgimiento de diversos canales de propagación. Por una parte encontramos las producciones escritas, dirigidas a una minoría, pero finalmente también aptas para el consumo de la mayoría; por otra parte, están las producciones orales, dirigidas a la mayoría pero a menudo basadas en producciones hechas para la minoría. El origen de la noción moderna de "literatura" como algo relacionado con textos escritos se sitúa claramente en Grecia. Señala Gentili que la institucionalización del libro (aunque libro en Grecia, *byblos*, deriva del nombre de la ciudad fenicia de *Gubl), produce esta escisión cultural. De un lado, "la scrittura fu sentita per la prima volta come vero e proprio atto letterario, letteratura *tout court*" (Gentili, 1984: 222). De otro:

Accanto a questa cultura piú propriamente letteraria ed erudita, che fiorí nell'ambito ristretto delle corti e dei cenacoli, patrimonio esclusivo di una élite di intellettuali, ebbe vita autonoma un'altra forma di cultura, che con termine moderno potremmo definire «popolare» o «di massa», nel senso che era destinata a larghe fasce di fruitori e trasmessa oralmente in pubbliche audizioni, da parte di recitatori, cantori (*rhapsoidoi*, *kitharoidoi*, *auloidoi*) e attori itineranti (*tragoidoi*, *komoidoi*, etc.) che esercitavano la loro professione ottenendo compensi ed onori e nelle feste istituite dalle diverse città del mondo ellenizzato" (Gentili 1984: 228).

Otra cosa son las repercusiones que esta situación pudo tener en la desviación de las normas canónicas, es decir, en materia de temas, formas, así como ideas canó-

nicamente aceptadas. Obviamente, literatos e intérpretes apenas podían expresar visiones disidentes, o comprometerse con formas que contradijesen el gusto de la época. En Grecia aparecieron por vez primera los literatos independientes, que tuvieron la valentía de hablar con franqueza y sin reservas, aunque, como en el caso de Sócrates, pagaron caro por ello. No hay nada parecido a esto en culturas anteriores, con la excepción de los profetas judaicos, que como Jeremías, fueron castigados por el poder casi hasta la muerte (Jeremías, 38: 6-13).

A lo largo de la historia mundial, modelos creados en el seno de una cultura podían pasar a otras si éstas tenían motivos para desear igualarse con la cultura de la que adoptaban el modelo. Encontramos abundantes evidencias de contactos dirigidos a obtener este tipo de "préstamos". Cualquier grupo de personas que pretendiese estar a la altura de otro grupo, puede siempre hacerse esta pregunta: "¿Por qué no tenemos nosotros todos estos bienes y tradiciones?". Así por ejemplo, si en una institución reconocida como honorable vemos que todo el mundo está equipado con avanzados ordenadores y sus correspondientes accesorios, naturalmente nos considerariamos privados de algo que podríamos poseer si deseásemos vivir en conformidad con las normas de tal institución. Este modelo básico de relación entre el "poseer" y el "no poseer", funciona en todos los niveles socioculturales y para cualquier número de personas. Tengo la fuerte convicción de que los repertorios que he estado mencionando no fueron inventados en cada cultura de manera individual o "nacional". Cuando se tiene que establecer en una sociedad una nueva institución, uno tiene instintivamente la idea de tomarla de alguna fuente, así como tomar también el repertorio que esta institución conlleva. Uno aprende, por ejemplo, a "ser rey" mirando a un modelo, como pueden ser los vecinos. Se hace lo mismo cuando la monarquía está ya establecida, pero incluso entonces hay que estarse equiparando permanentemente con ciertos modelos. El relato de Samuel I: 8, del establecimiento de la monarquía entre los israelitas es muy instructivo al respecto. Permítanme dedicarle un momento al texto bíblico.

Los ancianos de Israel vinieron junto al profeta Samuel y le dijeron: "[...] Pongamos un rey para que nos juzgue como todas las naciones" (Samuel, I, Cap. 8: 5). Samuel, pronunciando un discurso ante la asamblea, intentó en vano disuadir a la gente de su demanda describiéndoles la incorrecta manera en la que un rey con seguridad se comportaría:

He aquí el fuero del rey que va a reinar sobre vosotros. Tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros y a sus caballos y tendrán que correr delante de su carro. Los empleará como jefes de mil y jefes de cincuenta; les hará labrar sus campos, segar su cosecha, fabricar sus armas de guerra y los arreos de sus carros. Tomará vuestras hijas

para perfumistas, cocineras y panaderas. Tomará vuestros campos, vuestras viñas y vuestros mejores alimentos y se los dará a sus servidores. Tomará vuestros criados y criadas, y vuestros mejores bueyes y asnos y les hará trabajar para él. Sacará el diezmo de vuestros rebaños y vosotros mismos seréis sus esclavos. Ese día os lamentaréis a causa del rey que habéis elegido, pero entonces Yahveh no os responderá" (Samuel I, Cap. 8: 18).

El pueblo sin embargo no queda convencido; ellos tienen sus propias ideas sobre las obligaciones de un rey: "¡No! Tendremos un rey y nosotros seremos también como los demás pueblos: nuestro rey nos juzgará, irá al frente de nosotros y combatirá nuestros combates" (Samuel I, Cap. 8: 19-20).

Se podría argumentar que el reino de Judá era una pequeña e insignificante provincia, y que por consiguiente siempre intentaba estar a la altura de ciertas normas ajenas. Pero comparaciones de este tipo siempre tienen lugar entre dos grupos iguales. Incluso creo que cuanto más poderoso es el grupo, o más elevadas son sus aspiraciones, más probable es que se ponga a competir con otros grupos que tienen elementos de los que ellos no disponen todavía. Los esfuerzos invertidos por numerosos reyes egipcios (faraones) para obtener una cantidad suficiente del preciado lapislázuli, están sin duda relacionados con el hecho de que los reyes de Mesopotamia gozaron de esta piedra en abundancia (véase por ejemplo la correspondencia de Tell El-Amarna). Como el lapislázuli ya no es considerado un bien tan prestigioso en nuestra sociedad moderna (aunque todavía sea muy codiciado en Asia Central), estos esfuerzos pueden parecernos hoy ridículos. Pero lo mismo nos ocurriría con las pieles de elefante que cierto rey de Judá (Ezequías) fue obligado a enviar como tributo al emperador asirio (según los Anales de Senaquerib I, a los que me he referido antes), o con cualquier otra cosa que no parezca tener hoy un valor práctico claro. En este mismo sentido, incluso los orgullosos y xenofóbicos egipcios no fueron capaces de ignorar la cultura mesopotámica. De hecho, enseñaron la lengua acadia y el canon de textos acadios en sus escuelas para élites.

Son muy numerosos los conductos por los que se conocen los indispensables de otra cultura, pero desafortunadamente sobrepasan el marco de esta conferencia. Este conocimiento al que me refiero puede ser a menudo de naturaleza bastante intuitiva y no de "segunda mano". Cuando tiene carácter intuitivo desempeñaría una función decisiva en la construcción de una cultura, esto es, en la constitución de los indispensables a través de los cuales funciona dicho conocimiento y puede ser adquirido e interiorizado.

Mientras continúan teniendo lugar acaloradas discusiones sobre el respectivo papel que las culturas mesopotámicas, fenicias y egipcias tuvieron en la construcción

de Grecia, si es que lo tuvieron, nadie discute sin embargo el papel que desempeñó Grecia para la cultura romana o etrusca, y consecuentemente para todas las culturas europeas, tanto orientales como occidentales. Parece que el tipo de relación que pudimos observar entre los sumerios y los acadios se repite ahora en la relación existente entre los griegos, o mejor el mundo helenístico, y los romanos. De un lado, la cultura helenística fue asumida como parte de la cultura romana dominante; de otro, produjo un repertorio romano nacional -constituido tanto por bienes como por modelos de conducta. Así, si por una parte se adoptaron todos los textos griegos, los textos nacionales fueron producidos siguiendo la misma dirección. Es evidente que a Virgilio nunca se le habría ocurrido escribir su *Eneida* si el texto homérico no fuese considerado elemento característico de "una gran sociedad".

La presencia dominante del modelo griego y romano sigue teniendo una influencia decisiva en las actuaciones de los organizadores sociales a lo largo de la Edad Media y Moderna. Aunque la variedad étnica de Europa era en la Edad Media casi tan amplia como en nuestros días, la herencia del Imperio romano, por un lado, y los intereses unificadores de la Iglesia y los gobernantes, por otro, no facilitaron la aparición de entidades locales. Como apunta sucintamente Várvaro, refiriéndose al siglo quince, "[...] non può certo parlarsi di una precisa diffusa coscienza di distinta identità nazionale" (Várvaro, 1985: 10). En lo que es actualmente Alemania y los Países escandinavos, con la excepción evidente de territorios marginales como Islandia (y hasta cierto punto Noruega), la aceptación del cristianismo retrasó durante siglos el desarrollo de entidades culturalmente separadas. Sin embargo, cuando no podía asegurarse el éxito de una insurrección local sin atraer el consentimiento de segmentos más amplios de la población, Europa comenzó a crear sus nuevas naciones. Y para hacerlo, se utilizan con habilidad viejos métodos operativos, como si hubiesen sido aprendidos en alguna escuela.

No necesito extenderme aquí en las razones por las que Alfonso X, "el Sabio", decidió imponer el castellano por decreto. Con este fin se relacionó inmediatamente la creación de textos indispensables, entre otros, una traducción de las Sagradas Escrituras (que ya había sido llevada a cabo por los judíos, pero que no tuvo ningún tipo de implicación para la comunidad general). Sin la lengua española, ni la cohesión socio-cultural transmitida mediante los textos sustentadores de creencias que todos debían compartir, no habría surgido una nación unificada. Por supuesto que este no es un caso de límites definidos, dado que los dirigentes de España, para acelerar el proceso de cohesión expulsaron a todos aquellos segmentos de la población a los que no lograban incorporar por completo a la nueva identidad.

España significa uno de los primeros logros en la aplicación de una cohesión socio-cultural a una amplia población que había estado largo tiempo dividida. Este

éxito se aprecia claramente en la conquista del Nuevo Mundo por los españoles. La relativa unidad del español en Latinoamérica es prueba de ello. Otros casos no han tenido estos resultados. Los habitantes de Quebec de origen francés, a pesar de mantener su peculiaridad étnica tras la ocupación británica, fueron, por decirlo así, incorporados a la nueva nación francesa sólo a través de los esfuerzos de misioneros franceses en el siglo diecinueve. Incluso hoy, el proceso de aculturación todavía no los ha integrado totalmente con la Francia continental. En el caso italiano, la emigración tanto a países norteamericanos como latinoamericanos, incluso a finales del siglo diecinueve y principios del veinte, tuvo lugar antes de que la cohesión socio-cultural fuese satisfactoriamente impartida a la población de la península italiana. La mayoría de los llamados "italianos" no se consideraban a sí mismos como tales, y con mucha frecuencia, no tuvieron acceso a la inventada identidad de una "lengua italiana" nacional, como demuestra el hecho de que se intentase propagar la utilización de una lengua italiana ya en desuso. (Tullio De Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Roma: Laterza, 1984 [1963]).

Las nación o identidad francesa, la alemana o la italiana, desde la perspectiva de la cohesión social, son invenciones tardías. Para construirlas, se movilizaron y emplearon los recursos ya consagrados por el tiempo, aunque naturalmente ampliados y adaptados a las circunstancias locales. Los textos, producidos con una lengua nueva o nuevamente estandarizada, funcionaron en todos los casos como un destacado vehículo de unificación para gente que, en principio, no se consideraría como "perteneiente a" determinada entidad.

En el caso francés el momento decisivo fue la Revolución. La burguesía se apoderó de todo lo que previamente había pertenecido a la Corte y la aristocracia. La "gente corriente" había tenido que esperar mucho tiempo antes de conseguir un acceso pleno a las propiedades y bienes socio-culturales de la acabada aristocracia, salvo durante los caóticos años de la revolución, en los que se hicieron intentos de incorporar también este segmento de cara a la identidad general. Sin embargo, la burguesía, que no en vano constituía un porcentaje relativamente importante de la población, especialmente desde su fusión con la vieja aristocracia (como señaló con tanta agudeza Mayer, 1983), proporcionó a la literatura en cuanto institución y en cuanto destacado agente de cohesión socio-cultural, su prominente posición en la organización social y cultural de Francia; y lo hizo a través de la conservación y expansión del repertorio de sus predecesores y la ampliación del sistema escolar. Recordemos que, como en el caso de la prerreconquista española, la mayor parte de las personas que hacia finales del siglo dieciocho vivían dentro de las fronteras francesas no podían hablar la variante lingüística que hoy denominamos "francés". Tuvieron que ser persuadidos poco a poco para adquirir este conocimiento, lo que no hubiese sido posible

sin los muchos textos que fueron instrumentos de esta empresa, y en los que se introdujeron explícitamente muchas de las ideas necesarias para convencer a la población. Este proceso de integración continuó a lo largo del siglo diecinueve, y se ponía de nuevo en marcha cada vez que Francia se anexionaba un nuevo territorio. Incluso fue implantado en las lejanas colonias de Africa, en las que los niños en la escuela leían sobre "nos ancêtres les gaulois", como hacían los niños franceses.

Se puede aceptar fácilmente que bajo otras circunstancias una región como Savoya, anexionada a Francia sólo a finales del siglo diecinueve, podría haber sido italiana antes que francesa. Por otra parte -quizá exagerando un poco-, la Italia del Norte podría haber sido francesa, si no hubiese existido el *Risorgimento* italiano.

En el caso alemán, italiano, búlgaro, servo-croata, checo y quizá incluso el griego moderno, la "literatura" ha resultado punto menos que indispensable para la creación de las "naciones" aludidas por esos nombres. En cada uno de los casos, un pequeño grupo de personas, que llamaré "agentes socio-semióticos", popularmente conocidos bajo la denominación de "escritores", "poetas", "pensadores", "críticos", "filósofos" y similares, produjeron un enorme corpus de textos con los que pretendían justificar, sancionar y sustentar la existencia o lo deseable de ella, el valor y la pertinencia de una entidad creada a la que se aspira -es decir, de la nación alemana, la nación búlgara, la italiana, etc. Al mismo tiempo, también ponen en orden el conjunto de textos y nombres que en principio podrían ser útiles a la hora de justificar su causa.

Para entender simplemente en qué consiste la identidad literaria alemana, me gustaría pedirles que reflexionasen sobre el Ducado de Luxemburgo. Ducados de este tipo existen a lo largo de todo el territorio alemán en la actualidad, y sus habitantes hablan en cada caso su propia lengua local. No hubo por tanto nada de "natural" en su consentimiento para unirse con Prusia y fundar la unión alemana, ni hubo nada de "natural" en su aceptación de una lengua como la llamada "Alto alemán" (*Hochdeutsch*), unilateralmente estandarizado y con cierta artificialidad por Gottsched y sus seguidores (véase Blackall, 1978; Guxman, 1977). Pero fue la reputación de los textos que escribió en esta lengua la generación de Goethe, Schiller y sus epígonos, la que finalmente creó la nueva nación alemana. La idea de nación, que aspiraba a integrar los habitantes de un territorio políticamente fragmentado, tomó raíces con gran éxito.

Hoy es de común aceptación que no habría existido una nación alemana sin una literatura alemana, que a su vez no podría haberse unificado sin una lengua estandarizada y bien definida. Este "paquete de oferta", consistente en una nación, una lengua y una literatura, no era nuevo *per se*. Como afirma Goldstein, "Bismark hätte die politische Einheit nie schaffen können, wenn nicht vorher von unsern Klassikern die geistige Einheit begründet worden wäre" [Bismark, nunca hubiese sido capaz

de crear una unidad política, si los escritores clásicos no hubiesen establecido previamente una unidad espiritual] (Goldstein, 1912: 20). En el caso alemán dicha unidad tuvo que ser deliberadamente planeada y ejecutada, en lugar de lograrse a través de un proceso espontáneo. Eso implicaba, como en el caso francés, descuidar, ignorar e incluso prohibir todo aquello que no se ajustase a las unificadas instituciones. De este modo, todas las alternativas lingüísticas que no se acomodaban a la nueva lengua estándar fueron reducidas a la dudosa condición de "dialectos" (en Alemania), o "patois" (en Francia; para la mentalidad francesa, por cierto, el "patois" ni siquiera proviene de "la única y verdadera" lengua francesa).

Para la nueva cohesión socio-cultural a la que aspiraban los agentes de tal empresa, el establecimiento de una lengua nacional y una literatura nacional es equivalente al hecho de adquirir bienes para la propia identificación y la propia construcción, que en otros periodos caracterizaban sólo a los grupos dirigentes. El sentimiento del dirigente se ha trasladado, o debería decir ha sido trasladado, del dirigente individual y del noble, a todo un cuerpo anónimo llamado "la nación". Cada miembro de este cuerpo, sólo por su participación en "la nación", ha ganado el derecho a compartir los bienes adquiridos. Así, el demostrar la adecuación de la lengua alemana a cualquier tarea espiritual e intelectual significa desde el punto de vista de "los alemanes" (siguiendo la descripción de Blackall sobre el nacimiento de Alemania): "no nos sentiremos ya inferiores hacia la nación francesa, o cualquier otra nación". Tener una literatura que es incluso capaz de competir con otras, porque ha logrado exponentes admirables de la talla de Goethe y Schiller, implica de forma evidente que "nosotros somos una gran nación". La talla de figuras como Goethe es un resultado complejo de la combinación de sus actividades como *intellocrat* (tomando el término de Hamon & Rotman, 1981), y del efecto que sus escritos ejercen. Para cualquier individuo inserto en una comunidad, la grandeza de la nación le confiere también una grandeza individual: "soy grande, porque pertenezco a una nación que ha generado a Goethe". No existe demasiada diferencia con el tipo de sentimientos que implica cualquier competición: "soy grande porque pertenezco a una nación cuyo equipo de baloncesto ha ganado la Copa de Europa". Simplemente "vale la pena" ser miembro de una nación así, y este mérito se convierte en un poderoso factor para fortalecer y alimentar el sentimiento de "formar parte de". El proceso italiano, aunque culminado casi al mismo tiempo que la unificación de Alemania (1870/1871) con la creación del Estado italiano (1861-1870), tenía ya como posibles modelos los precedentes franceses y alemanes. De hecho, no existía nada inherente que hubiese convencido a la población de Italia a convertirse en "italianos", en miembros de una nación llamada "Italia", si no hubiese habido agentes, que como sus equivalentes alemanes, utilizaron la reputación de textos escritos en una lengua que casi nadie real-

mente hablaba, para popularizar el mismo "paquete de oferta" que había cristalizado en Alemania, es decir, empaquetar conjuntamente la lengua con una "nación", cuya existencia es sustentada, justificada, motivada y defendida mediante la unión de la riqueza de las narraciones sobre un supuesto pasado común, generalmente un tanto distante, con la gloria de la lengua desarrollada en algún momento por alguno de sus miembros.

La lengua que ahora llamamos "italiano" se encontraba quizá incluso en peor situación que la francesa o la alemana desde el punto de vista de su distribución real. Era una *lingua morta*, como audazmente sostiene Tullio De Mauro en su magistral *Storia linguistica dell'Italia unita* (De Mauro, 1984). De los aproximadamente veintidós millones de habitantes de la Península, sólo cerca de unos 600.000 "eran capaces de entender el italiano". Incluso los escritores más destacados de esta lengua, como Manzoni, utilizaban el francés con mayor fluidez en este momento. Sin embargo, fue gracias a los esfuerzos intelectuales y literarios de Manzoni y de un grupo de intelectuales, esfuerzos poco a poco sustentados y movilizados por el inteligente Primer Ministro de Piamonte-Cerdeña, Cavour; fue gracias a ellos decía, que ganó terreno entre partes de la población cada vez más extensas, la idea de una "nación" italiana basada en la lengua que utilizaron los grandes fundadores de su tradición literaria: Dante, Boccaccio y Petrarca. Pero la unificación de Italia fue sólo el primer paso de cara al nacimiento de la nación. No sólo se discutía qué habitantes deberían integrarla, sino que pasaron muchos años, hasta nuestra década de los ochenta, o sea más de cien años después de la unificación política, antes de que el italiano se convirtiese realmente en la lengua hablada por la mayoría de los "Italianos". Como indica De Mauro en su introducción a la segunda edición del libro ya citado, 1984: "*L'italiano era ancora vent'anni fa lingua abituale d'una minoranza. Oggi è lingua abituale della maggioranza degli italiani, anche tra le mure domestiche, dove piú hanno resistito i dialetti*" (De Mauro 1984: xvii). Por supuesto que había algunos que no estaban contentos con la inclusión de todos los habitantes de Italia en la nueva nación. Hubiesen preferido haberla basado, por ejemplo, sólo en las clases medias. Otros, como el propio Cavour, no se alegraban en absoluto de las proezas de Garibaldi, que brindó en bandeja de plata el Sur y Sicilia al monarca. Cavour hubiese preferido un Estado sin el Sur, pero no podía rechazar lo que la ideología populista, ideada por la literatura, ya había presentado como una causa nacional.

Al igual que en el caso de Alemania, ninguna lengua vernácula pudo convertirse en variedad lingüística común. La variante históricamente basada en el lenguaje florentino estandarizado por Dante y sus epígonos, ya no se correspondía con la lengua que realmente se hablaba en Toscana, y más específicamente en Florencia en el momento de la unificación. Manzoni, cuya tarea oficial fue la de aconsejar sobre la

lengua que debía adoptar el Estado, por un momento contempló la idea de convertir la variante florentina contemporánea en la base de la lengua moderna, abandonando esta idea para luego defender una fabricación híbrida, basada en la selección y combinación de distintas normas locales. En Alemania y en Italia, tanto antes de la unificación política como después de que se hubiese alcanzado, tuvieron que ser reclutados miles de agentes que tenían como función popularizar los textos de unos pocos iniciados, y propagar la lengua que dichos textos empleaban. La mayor carga recayó sobre los profesores de escuela, y los intelectuales italianos produjeron textos con el fin de proveerles del arsenal necesario para su labor. Textos pensados para niños, como *Il cuore* de D'Amicis, o el *Pinocchio* de Collodi, fueron deliberadamente hechos a medida, funcionando como perfectos generadores de una cohesión socio-cultural. En verdad Italia simplemente no existiría como entidad coherente sin su nueva lengua y su literatura nuevamente instituida. No sorprende que las dudas sobre esta entidad y el descontento, especialmente tras la dura política del gobierno fascista contra los dialectos, produjesen ciertos levantamientos simbólicos contra la lengua unificada, que, a ojos de los disidentes, provocó la destrucción de las culturas locales. La literatura en lengua vernácula fue creada como un acto de protesta, y así lo evidencia el caso de Pasolini, que acusa a la Italia oficial de haber cometido un genocidio cultural. El ocho de Octubre de 1975, poco antes de ser asesinado, publicó un artículo demoledor en el *Corriere della Sera*, en el que, a propósito de la presentación de su película *Accatone* en televisión, dice:

Tra il 1961 e il 1975 qualcosa di essenziale è cambiato: si è avuto un genocidio. Si è distrutta culturalmente una popolazione. E si tratta precisamente dei uno di quei genocidi culturali che avevano preceduto i genocidi fisici [...] (reimpreso en *Lettere Luterane*, Torino, 1976: 154).³

Tengo que obviar ahora los otros casos que antes mencioné, como el checo o el búlgaro, aunque cada uno de ellos aporta nuevos matices a la comprensión del funcionamiento de la literatura en la creación de las naciones de Europa. Exigirían una presentación mucho más larga de la que puedo hacer aquí. En lugar de ello, para acabar con un pequeño desvío, me gustaría discutir brevemente la función que el "modelo europeo" desempeña en el seno de culturas no-europeas, y en segundo, lo que parece ser la evidente ausencia de este "modelo europeo" en otras culturas.

El alto grado de cristalización del "modelo europeo" se demuestra porque ha sido repetidamente utilizado en una cultura tras otra en la propia Europa. Pero también puede apreciarse en culturas que no pertenecen al ámbito europeo.

3. Agradezco a Alon Altaras el proporcionarme esta cita.

Mi primer ejemplo es el caso de la nación hebrea, ahora establecida en el Estado de Israel. La creación de la moderna nación hebrea, que comenzó a asentarse en Palestina hacia finales del siglo diecinueve, se inició en Alemania hacia principios del siglo pasado, casi al mismo tiempo que la nación alemana. A lo largo de dicho siglo, en un laborioso proceso, la nueva identidad, que también generó una entidad socio-cultural con un propósito finalmente político, fue constituida a través de una nueva literatura y una lengua reelaborada -la lengua hebrea adaptada a sus nuevos objetivos.⁴

Mi segundo ejemplo es la constitución de las naciones árabes modernas. Este caso también muestra muchos de los ingredientes reconocibles del modelo europeo. El llamado "renacimiento" de la lengua y la literatura árabes, primero en Egipto y en el Líbano durante el siglo diecinueve, aunque hiciese uso de materiales que habían estado siempre disponibles, era una entidad diferente. La naturaleza de la nueva literatura, la posición defendida por sus agentes, su impacto en las acciones de las personas, primero entre la intelectualidad, y más tarde y poco a poco entre grupos más amplios, son de inequívoco origen europeo. No se trata por supuesto de un simple caso de exportación, por decirlo de algún modo, sino de una adaptación del modelo europeo, sobre todo del francés, a las condiciones locales. También se conjugan toda una serie de operaciones llevadas a cabo deliberadamente por dirigentes e intelectuales con el fin de obtener el estatuto de "un estado moderno". No estoy hablando aquí de ideas incompatibles, ni de este género literario o aquel otro, sino de la propia estructura de la actividad textual. Como es lógico esto conlleva la adaptación progresiva del viejo lenguaje literario a los nuevos objetivos. Aunque nunca ha llegado a ser una lengua hablada como ocurrió en Alemania e Italia, la lengua árabe tuvo que liberarse de tradiciones petrificadas para poder convertirse en una herramienta dúctil y apropiada para colaborar en la ejecución del proyecto intelectual que aspira a la formación de la nación egipcia y otras naciones árabes modernas.⁵

Mi tercer ejemplo puede parecer un poco fuera de lugar, pero creo que es una perfecta demostración de la capacidad de formalizarse que tiene el modelo. Cuando Lazaro Ludoviko Zamenhof creó su lenguaje internacional llamado esperanto en 1887, entre sus preocupaciones más importantes y urgentes estaba la de fijar las actividades literarias. La literatura se convirtió en una importante preocupación para esta comunidad internacional, que rápidamente produjo tanto traducciones de las obras maestras de la literatura occidental como obras originales. Zamenhof, de cuyas actos

4. Para el caso hebreo véase Shavit 1987, Even-Zohar 1990a.

5. Para más detalles con respecto a la construcción de la moderna nación egipcia véase Gershoni 1986, Mitchel 1989.

como creador literario se mofaron sus competidores, esto es, ciertos movimientos para la promoción de otras lenguas artificiales, parece haber interiorizado por completo el modelo europeo de la creación de naciones con el fin de constituir una comunidad internacional unida mediante un sentimiento similar, sino igual, de cohesión cultural. Palabras utilizadas en esperanto como 'esperantistaro' para 'la comunidad de los hablantes de esperanto' y 'esperantujo' para 'la patria de los hablantes de esperanto' son perfectamente equivalentes a las de nación y país en las lenguas "nacionales". Nada parecido existe en otras lenguas artificiales, propuestas tanto antes como después de la aparición del esperanto. Quizá esto pueda ser una explicación parcial del relativo éxito del esperanto y del fracaso de todos los otros ejemplos.⁶

Finalmente, creo que sería útil observar que este modelo de creación de naciones no fue utilizado en los Estados Unidos. La nación norteamericana nació de una rebelión contra el dominio de Gran Bretaña, pero no intentó desgajarse de la tradición literaria o lingüística inglesas. Es cierto que sus actividades textuales, de naturaleza popular en su mayor parte y con un menor grado de institucionalización han sido utilizadas para expandir historias, mitos e imágenes que construyeron el "espíritu americano", creando un sentimiento creciente de diferencia. Pero este proceso no atañe a la minoritaria producción literaria que buscó su aceptación en la cultura británica casi hasta comienzos del siglo XX. Además, aunque tenía que distinguirse de su tierra madre y previa opresora, la nueva sociedad del Nuevo Mundo no tuvo problemas en utilizar la misma lengua literaria. Los cambios a nivel lingüístico no ocurrieron como en Noruega, donde la lengua, básicamente idéntica a la danesa, fue diferenciándose de ella mediante una serie de reformas planificadas. Los norteamericanos, aunque desarrollaron su propio estilo y preferencias, nunca abordaron realmente ninguna reforma seria, ni buscaron reemplazar el inglés por ninguna otra lengua. Hubo modificaciones en la variante americana del inglés a medida que la realidad del uso del lenguaje abrió camino hacia un lenguaje literario con estilo propio, mediante una larga negociación entre normas y gustos. Por consiguiente, la nación americana no se ha creado por o a través de su literatura, ni por o a través de su lenguaje, sino quizá de manera bastante indiferente a ambos. Parece que difícilmente podría pensarse en un evento que tuviese por título "Los Estados Unidos de la literatura". Espero haber demostrado, por otra parte, que "La Europa de las literaturas" es una imagen basada en amplias y sólidas realidades, por lo cual nuestros colegas de Santiago merecen nuestro más fuerte aplauso.

(Traducción de Montserrat Iglesias Santos)

6. Véase también Lieberman 1979.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BLACKALL, Eric A.

1978 *The Emergence of German as a Literary Language 1700-1775*. Ithaca and London, Cornell University Press.

BOLLATI, Giulio

1984 *L'Italiano: il carattere nazionale come storia e come invenzione*, Nuovo politecnico, 136, Torino, Einaudi.

BOTERO, Jean

1987 *Mésopotamie: L'écriture, la raison et les dieux*, Paris, Gallimard.

DE MAURO, Tullio

1984 *Storia linguistica dell'Italia unita*, 1963, Roma-Bari, Laterza.

EVEN-ZOHAR, Itamar

1990a "The Emergence of a Native Hebrew Culture in Palestine, 1882-1948", *Poetics Today*,

11(1), 175-91.

1990b *Polysystem Studies*. *Poetics Today*, 11: 1, Durham, Duke University Press.

Número especial de *Poetics Today*.

GENTILI, Bruno

1984 *Poesia e pubblico nella Grecia antica, da Omero al V secolo*. *Storica*, Roma, Laterza.

1988 *Poetry and its Public in Ancient Greece: from Homer to the Fifth Century*, Traducción e introducción de A. Thomas Cole, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

GERSHONI, Israel, y James P. JANKOWSKI

1986 *Egypt, Islam, and the Arabs: The Search for Egyptian Nationhood, 1900-1930*, New York & Oxford, Oxford University Press.

GOLDSTEIN, Moritz

1912 *Begriff und Programm einer Jüdischen Nationalliteratur*. Berlin, Jüdischer Verlag.

GUXMAN, M. M

1977 "Formation of the Literary Norm of the German National Language". En *Soviet Contributions to the Sociology of Language*, ed. y trad. Philip A. Luelsdorff, 7-30, The Hague, Paris, N.Y., Mouton.

HAMON, Hervé, y Patrick ROTMAN

1981 *Les intellocrates: expédition en haute intelligentsia*, Paris: Ramsay.

KRISTJANSSON, Jónas

1980 *Icelandic Sagas and Manuscripts*, Reykjavík, Icelandic Review.

1982 "The Literary Heritage". En *Icelandic Sagas, Eddas, and Art*, 9-15, New York, The Pierpont Morgan Library.

LIEBERMAN, James E.

1979 "Esperanto and Trans-national Identity: The Case of Dr. Zamenhof". Número editado por Paul Lamy. *International Journal of the Sociology of Language: Language Planning and Identity Planning* (20): 89-107.

MAYER, Arno

1983 *La persistance de l'Ancien Régime: l'Europe de 1848 e la Grande Guerre*, Paris, Flammarion.

MITCHELL, Timothy

1989 *Colonising Egypt*, Cairo, The American University in Cairo Press.

SHAVIT, Yaacov

1987 *The New Hebrew Nation: A Study in Israeli Heresy and Fantasy*, London: Frank Cass.

TADMOR, Hayim.

1981 "History and Ideology in the Assyrian Royal Inscriptions". En *Assyrian Royal Inscriptions: New Horizons (in Literary, Ideological, and Historical Analysis)*, ed. F. M. Fales, 13-33, *Oriens Antiqui Collectio - XVII*. Roma, Istituto Per L'Oriente.

1986 "Monarchy and the Elite in Assyria and Babylonia: The Question of Royal Accountability", en *The Origins and Diversity of Axial Age Civilizations*, ed. S. N. Eisenstadt, 203-227 (Chapter 8), Albany, State University of New York Press.

TURVILLE-PETRE, G

1968 *Harald the Hard-Ruler and His Poets*, The Dorothea Coke Memorial Lecture in Northern Studies, 1966, London, Lewis.

VÁRVARO, Alberto

1985 *Letteratura romanza del medioevo*, Saggi, 282, Bologna, Il Mulino.

VOEGELIN, C. F.

1960 "Casual and Non-casual Utterances Within Unified Structure". En *Style in Language*, ed. Thomas A. Sebeok, 57-59, Cambridge, MIT Press.